

## Principios católicos revolucionarios

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**C**UANDO un país está mal —y el nuestro, evidentemente, lo está—, surgen los hombres pragmáticos, y pretenden dar ellos con suficiencia presentuosa recetas prácticas para resolver los problemas que nos agobian.

Estos arbitristas que salen a la palestra se pondrán a decirnos: ¡dejémonos de teorías, y vayamos al grano; lo que hace falta es olvidarse de ideas y ser prácticos!

El inteligente Chesterton, sin embargo, nos advirtió del grave peligro de esta actitud. Lo mismo que años antes hicieron también Marx y Lenin. Sobre todo cuando este último llegó a decir: "Sin teoría no hay ninguna verdadera revolución".

"Seguramente no ha habido en concreto ideal tan lumático y alucinador como el ideal del pragmatismo", observaba con razón, hace cincuenta años, Chesterton. Pero el problema está en que no se percatan de ello muchos dirigentes de un país en crisis como el nuestro: piensan equivocadamente que "cuando las cosas andan muy mal, necesitamos a un hombre pragmático", y ahí está nuestro desorientado panorama político para darnos la razón. Y, sin embargo, "a fin de cuentas, lo que vamos a necesitar es un teorizador", alguien que "conozca las cosas por sus causas", que tenga la valentía de aplicar el escalpelo de unas ideas profundas, contrastadas por la sabiduría de los que llaman a las cosas por su nombre y las observan directamente, y así poder salir de nuestro atascado carro nacional. La Historia reciente del mundo occidental ha demostrado que "la eficiencia es, por supuesto, inoperante", porque, después de una brillante época, el sentido pragmático nos ha llevado a verdaderos callejones sin salida, como son la polución, la contaminación, la ausencia de espacios verdes, la incomunicación humana, la violencia desatada y la desmoralización general. Y necesitamos, para salir de ello, "una filosofía de estos hechos".

El mismo defecto le pasa al evanescente idealista: tiene corta visión porque "no tiene ideas", aunque esto parezca paradójico. "Lo que precisa es un punto de vista fundamental", pero adquirido "si nos ponemos a considerar a los hombres, animales y cosas por nuestra cuenta, no por lecturas relativas a ellos". Y esto es lo que el idealista no consigue desde su castillo en las nubes. El hombre actual —mitad pragmático y mitad idealista— tiene el defecto de que no piensa por sí mismo, sólo razona por clichés hechos.

Si queremos, por tanto, arreglar la situación social, política y económica del

país, tendremos que cambiar nuestro punto de vista y acudir a principios. A ser "hombres de principios" en un sentido muy distinto al que se daba antiguamente a esta frase. El hombre de principios convencidos, no el papagayo que repite las opiniones de otros.

Nuestra criticada Iglesia católica, a través de los siglos, ha decantado una sabiduría humana notable, debida a aquellos hombres sinceros que fueron su sostén y su vida siendo perseguidos muchas veces por ella misma. Esa es la razón por la que muchos seguimos unidos —aunque de modo inconformista— a su corriente vital. Le reconocemos ese saber acumulado en unos pocos y básicos principios. Lo malo es que sus enseñanzas se han hecho, a través de los siglos, tan profusas que muchas veces esconden, con su hojarasca inservible, la rica entraña humana que está tras ellas.

Yo, en estos años últimos, por necesidad ineludible de mi conciencia creyente, he llegado a esta conclusión: la Iglesia mantiene todavía unos principios básicos de gran valor humano (además de los directamente religiosos), que es preciso desvelar tras la enorme cáscara de aplicaciones equivocadas, interpretaciones falseantes y razonamientos que no concluyen, tras los cuales esta misma Iglesia los ha escondido. Yo creo que estos principios —una vez descubiertos tras el farrago que los envuelve— han de servir todavía a los hombres.

Lo cierto es que el único mandato que esta Iglesia —hecha de Papas, obispos, teólogos y, sobre todo, de fieles— recibió de su fundador fue el de transmitir tales principios, no el de aplicarlos más o menos interesadamente al mundo: esto quedó a la decisión personal de los hombres creyentes, sin ser falsamente dirigidos por quienes no tenían poder para más, y abusivamente se lo irrogaron, cayendo en un paternalismo insufrible, que nos consideraba siempre como autómatas y —en el mejor de los casos— como menores de edad.

Me voy a detener sólo en cuatro de estos principios, porque, de ser adoptados, marcarían definitivamente una textura para nuestra decaída sociedad; pero tomándolos en serio, sin rebajarlos ni envolverlos en dulces y melosas palabras eclesidásticas.

Estos principios hay que dejarlos desnudos; escuetos, sin paliativos, a la vista de todos, para que cada uno discorra sobre ellos y los aplique según la medida de los tiempos y de las circunstancias con responsabilidad propia.

Primer principio: "Todo hombre, por ser viviente dotado de razón, tiene el derecho efectivo, natural y fundamen-

tal de usar de los bienes materiales".

Segundo principio: "Queda a la voluntad humana y a las formas jurídicas de los pueblos el regular más particularmente su actuación práctica".

Tercer principio: "Este derecho individual no puede suprimirse en modo alguno ni aun por otros derechos ciertos y pacíficos sobre los bienes materiales". O sea: que el régimen de propiedad de un lugar, o una época, o una cultura determinada no son eternos ni, por tanto, justos por sí mismos. Si no cumplen adecuadamente el primer principio, que es el fundamental; si no sirven para todos, si "algunos tienen riquezas exageradas y otros se encuentran en tal estrechez que les falta lo necesario para la vida", habría que aplicar el bisturí a este mal social, lo mismo se trate de individuos que de pueblos que sufren de esta desigualdad inhumana, y hacer uso de esta conclusión católica que desde el primer escritor cristiano hasta el último han defendido: "En caso de necesidad, todas las cosas son comunes".

Cuarto principio: "Que los bienes creados por Dios para todos los hombres deben afluir equitativamente a todos, según los principios de la justicia y la caridad". En una palabra: que en un primer paso hemos de organizar una sociedad en la cual se plasme la norma de su estructura según justicia; así: "A cada uno según su trabajo", de acuerdo con lo que expresaba Stalin en 1931 como característica del socialismo. Para llegar más tarde, en una evolución convencida de todos, a la sociedad perfecta —inspirada en el amor total— en la que cada uno reciba "de acuerdo con sus necesidades", y que se consiga —como pedía Pío XI— la más total desproletarización mirando a cubrir sin discriminación las necesidades económicas, sociales, políticas y culturales de todos.

La Iglesia posee enseñanzas olvidadas o poco desarrolladas por sus miopes dirigentes episcopales o teológicos, que es necesario tener en cuenta para construir la sociedad participativa y distributiva, único ideal humano convincente, y a la cual debemos ir con argumentos para alcanzar el asenso de los demás y con el peso de nuestra acción, consiguiendo que la estructura de todas nuestras instituciones y costumbres cambien volviéndolas del revés para convertirlas de inhumanas en humanas, de coaccionantes en fomentadoras de la libertad, de privilegiadas en comunes para todos. ■